

**Ricardo PIGLIA.** *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices.* Barcelona: Editorial Anagrama, 2016. 419 pp. ISBN: 978-84-339-9818-7.

No queda nada, ni las ilusiones que tenía hace diez años. O mejor, no queda nada porque ya no quedan ilusiones (p. 285).

La muerte de Ricardo Piglia (Adrogué, 1940) al iniciarse 2017 ha coincidido prácticamente con la salida a la luz del segundo volumen de sus diarios. En este caso comprende el periodo comprendido entre 1968 y 1975, una etapa fundamental en su consolidación como escritor. De la figura inconmensurable de Piglia y del impacto de su quehacer en la literatura contemporánea se ha escrito y se va a seguir escribiendo un notable número de ensayos de distinto calado. Especialistas en literatura comparada han estudiado y analizarán su obra de manera apropiada siguiendo los cánones de esa área especializada del conocimiento. Sin embargo, la lectura de Piglia para un público no necesariamente experto es una fuente muy rica para aproximarse a una realidad concreta vivida por el autor. Por otra parte, los diarios son un ejercicio sobresaliente que invita aún más a la consideración de lo escrito como testimonio fehaciente de un determinado momento.

Todo lector hace una lectura sesgada de la obra que tiene entre manos de acuerdo con sus obsesiones e intereses. En el caso de este segundo volumen de las memorias ahora editado ese ejercicio es fácilmente realizable y lo es todavía en mayor medida por el lapso abordado, un periodo crucial en el medio de la segunda mitad del siglo pasado de la historia (no solo) de Argentina. Una interpretación personal de lo leído advierte la existencia de una propuesta poliédrica en la que se dan cabida numerosas facetas acerca de la dependencia existencial del autor con respecto a la literatura, que define como una sociedad sin Estado, y que además no es sino un medio de vida por lo cual cobra un significado y un sentido muy especial en cuanto a lo que representa el oficio de escritor; la formación autodidacta, la obsesión permanente por conseguir los fondos suficientes para seguir viviendo mes a mes, la cultura sesentaiochista de la droga, la omnipresencia del fútbol, la relación con las mujeres constituyen un elenco de escenarios constantemente vigentes.

Pero junto a ello se incorpora la descripción de la formación sentimental de alguien perteneciente a una generación muy concreta, aquella que creció con la proscripción del peronismo, para quienes Perón era el referente de sus mayores y un enigma complejo para ellos. Es por ello que resulta fácil tender puentes con otras generaciones del mismo momento de otros países, pero que asistían a sesiones de cine muy similares de autores del *free cinema*, de la *nouvelle vague* (sobre todo Godard y Melville) y del neorrealismo italiano a Fellini y a Pasolini, o de películas de Welles, Aldrich y Nichols; se veían iluminados por lecturas iguales de Tolstoi, Faulkner, Pavese, Kafka, Fitzgerald, Hemingway, Brech, Lowry y Musil, y hacían de la militancia política un asunto no fácil de abordar.

Un aspecto que en particular llama mi atención se refiere a la recurrente obsesión de estigmatizar lo castizo y de demostrar que se estaba a la altura de las circunstancias con el consumo de los mismos productos culturales que entonces estaban presentes en

el «primer mundo». En definitiva, que los escritores argentinos del momento: Conti, Puig, Saer, Walsh, Viñas, él mismo, podían exhibir la contemporaneidad plena de su escritura, habiendo quedado atrás el retraso secular de la literatura argentina, apenas salvado por Borges y el parisino Cortázar, ahuyentando cualquier complejo de inferioridad. Se trataba de lograr ser contemporáneo de sus contemporáneos estando ligado a Peter Handke o a Thomas Pynchon. También se desea establecer unos patrones de afianzamiento de una nueva tradición en escritores como Roberto Arlt o Macedonio Fernández y, por otro lado, combatir la moda editorial por excelencia que está surgiendo en ese momento en torno al *boom* del «lirismo demagógico del realismo mágico» (p. 271) y la ambición desmesurada en publicar con Barral. Esta especie de atmósfera solipcística apenas da cabida a autores latinoamericanos o españoles que no están presentes en el libro con las excepciones de Arguedas, Roa Bastos, Onetti o Luis Goytisolo en *Señas de identidad*.

No obstante, algo que me atrae profusamente en los diarios de Piglia por una preocupación profesional se refiere a la narración, fría, escueta, pero de una perfección en el detalle sublime, de los sucesos políticos que acontecen en ese periodo. Una época, como se señaló más arriba, trascendental en la vida argentina porque, en trazos gruesos, contempla diversos gobiernos militares (Onganía, Lanusse, Livingston), despertar social y violencia («Cordobazo», paros, montoneros, otras expresiones guerrilleras, el supuesto apoyo popular a la lucha armada, asesinatos políticos –Vandor, Aramburu, Alonso–, terrorismo de Estado, la masacre de Trelew), crisis económica, inflación, regreso de Perón, asunción de Cámpora a la presidencia, los sucesos de Villa Devoto, el colofón de Isabelita en la presidencia arrumada por López Rega tras la muerte de Perón y los prolegómenos del tantas veces anunciado golpe de 1976.

Piglia da fe de todo ello, del clima de la época que se extiende a los vecinos Uruguay de los Tupamaros y Chile de Allende, así como a la Cuba del caso Padilla; su enunciado a veces es telegráfico, monocorde, otras veces es vibrante, pero el hecho de integrarlo en el gran relato notarial de su vida en permanente búsqueda de soledad le da una fuerza a veces superior a textos de ciencia política sobre el momento. Calificar al peronismo revolucionario de oxímoron o afirmar que «el peronismo hizo de la política una cuestión sentimental, por ello persiste» son una evidencia, así como el epitafio de que «la muerte de Perón ha borrado el sentido, ha desaparecido el significante despótico, el duelo sin fin y los relatos que proliferan» (p. 359) o la preclara sentencia acerca de «la personalización de la política vista como trampa psicológica» (p. 360). Su posición es clara, aunque su militancia comprometida no sea la que algunos desearan; quiere mantenerse cerca de la política, sin entrar en ella («nunca dejo que la política tenga incidencia directa en lo que escribo», p. 206), pero esa tibieza es también un claro testimonio de la época, similar en muchos aspectos, a la que se vivía en España en esos mismos años con una diferencia muy relevante: mientras en España «se salía», en Argentina todo parecía «no tener salida» y la fuga a México o a París era la respuesta más frecuente.

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Universidad de Salamanca*